

Yo quiero votar. Me parece que tengo derecho, que todos tenemos derecho a votar. A partir de los dieciocho años, hombres y mujeres, padres o hijos de familia. ¡Que nos dejen votar! Se deciden asuntos que nos interesan a todos, que afectan nuestras vidas y haciendas: debemos exigir el derecho al

Los Contem pora neos

YO QUIERO VOTAR

voto. Personalmente, yo votaría a Nixon. Soy muy sensible a la propaganda de la televisión, la radio y la prensa. Soy considerablemente conformista. Sí, votaría a Nixon. Pero acepto la idea de que otros puedan votar a McGovern. Lo que no acepto, sencillamente, es que a los ciudadanos del mundo occidental, y muy especialmente a los europeos, no se nos permita votar en las elecciones para Presidente de los Estados Unidos.

Creo que estoy perfectamente preparado para ello. Creo que desde que tengo uso de razón —un cierto uso de razón— he visto varios cientos de películas sobre la guerra de la Independencia de los Estados Unidos, y apenas recuerdo más de cuatro o cinco sobre la guerra civil española: la secesión la sigo viendo una vez por semana en Televisión Española —«¡el gran teatro de las praderas!»— y alguna que otra vez en la pantalla de un cine. Mientras mastico mi chicle o fumo mi buen tabaco de Virginia. Conozco como mi propia ciudad, como el pasillo de mi casa, las grandes cuevas de San Francisco. Sus tranvías, el edificio de la Policía con las ventanitas ojivales de mora Ironside. Conozco perfectamente el funcionamiento de sus instituciones médicas, gracias al doctor Welby y al doctor Gannon. No ignoro nada de su complicado mecanismo judicial —¡los recesos!»—. Si algo faltase en mi educación, el señor Amestoy la completa abundantemente, y su penetrante voz de vieja me describe las maravillas de la civilización a que pertenezco. Si «ABC» se edita ahora en Nueva York —«¡la cuarta carabela!»—, ¿por qué no he de votar yo en las elecciones de los Estados Unidos?

Ocurre que lo que se decide en estas elecciones me afecta profundamente. Los dos candidatos disputan acerca de la presencia o la retirada de las tropas extranjeras en Europa, y yo vivo en Europa. So-

bre la guerra y la paz a escala global, y yo soy uno de los del globo. Tratan de sus importaciones, y yo quiero venderles mis zapatos. Las variaciones de su moneda y de sus reservas de oro afectan a todo el mundo. Consumo sus productos, sus patentes, sus marcas. Me inunda su propaganda. Y hasta su anti-

propaganda. Por la calle veo muchachas muy españolitas con una cintita en el pelo lacio, como Jane Fonda; me indica que son partidarias de que los picles rojos salgan de sus reservas y se incorporen plenamente a los derechos civiles. Otras y otros de nuestros onubenses o vallecanos se encrespan la melena a la africana: son partidarios de Angela Davis. Mis contestatarios son los mismos: con sus pantalones vaqueros deflecados y su canción de Bob Dylan a flor de labio. Y los españolitos llevan guerreras, donde se lee, muy claramente, «U. S. Army». Todo esto significa, claramente, que yo puedo ser un votante en las elecciones del siete de noviembre. ¿O no?

No. Pero confío que con el tiempo se arreglará. Cuando Europa se haya institucionalizado debidamente, con sus parlamentos y sus mercados nada comunes a pleno rendimiento, ejercerá todas las presiones de su nuevo poder para que a sus ciudadanos se les conceda el «status» de americanos votantes, al que tienen pleno derecho. Y, finalmente, podrán decidir si las tropas de los Estados Unidos, y sus condenadas bombas atómicas, y sus aviones y sus barcos pueden estar en nuestros territorios; si sus guerras y las nuestras son las mismas, si coinciden nuestros enemigos con sus enemigos. ¿No es eso lo que se pretende?

Aspiro con el tiempo no solo a ser elector, sino a ser también elegible. A que lo seamos todos los occidentales, todos los europeos. Quizá yo no sepa bien defenderme con la «machinery» del partido que adopte —pienso que el republicano—, pero veo en el horizonte a otros europeos muy capaces de hacerlo. Me imagino ya el gozo de unas elecciones presidenciales en las que se dirima quién irá a la Casa Blanca, si un tal McFraga o un Nixpiñar, o como quiera que se puedan llamar los políticos de antes, de ese futuro que ya añoro...

POZUELO



COMUNICACION O INCOMUNICACION

Agitado mes cultural en Barcelona. Al Congreso de la Formación le sucede el Congreso de la Comunicación. Tanto uno como otro se han caracterizado precisamente por el carácter negativo de sus conclusiones: no existen posibilidades objetivas de que prospere la formación permanente, y no existe realmente comunicación, sino incomunicación. Durante cuatro días se han desarrollado las sesiones paralelas del IV Simposio Internacional de Comunicación y del Primer Congreso Nacional de Comunicación Humana y Ecología. El simposio ha demostrado la influencia de Henry Kissinger en la cultura «made in USA». Cada uno de los cuatro simposios ha sido organizado por profesores norteamericanos en distintos puntos del mundo. Este año, Barcelona (Ciudad de Ferias y Congresos, Archivo de la Cortesía y Capital del Deporte Español) ha sido la agraciada por los norteamericanos. Llegaron a la ciudad, se encerraron en una sala y organizaron su simposio. Eso sí, tuvieron el detalle de comunicar que al fin de sus deliberaciones a alto nivel distribuirían un comunicado conjunto.

Paralelamente, el congreso nativo, con algunos aderezos de ponentes extranjeros. Las sesiones de trabajo tuvieron muy distinto signo al principio y al final. Empezaron siendo sesiones académicas, con lección magistral desde el escenario y público a la escucha. De pronto se organizó una amabilísima contestación. Importantes sectores de congresistas «peatones» opinaban que la liturgia del congreso

creaba condiciones de incomunicación: la barrera de la escenificación académica era el primer factor de incomunicación, y el segundo, una cierta Babel lingüística, derivada de las distintas perspectivas planteadas por los ponentes.

Coexistían ponencias filopublicitarias hechas por publicitarios, con ponencias de tecnología lingüística presentadas por lingüistas o médicos, con precisiones metodológicas sobre el estudio de los «mass» media, con aproximaciones a la consideración epistemológica de la comunicación, con valoraciones políticas de la comunicación de masas y con algunas escaramuzas ecológicas, que iban del ambicioso empeño de situar al hombre en el mundo al no menos ambicioso empeño de situar en el mismo sitio a don José Ortega y Gasset.

Pongamos algunos ejemplos de esta Babel. Un congresista podía pasar de la audición de una onda lírica a la creatividad humana, al más duro de los lenguajes especializados en materia de comunicación: «Crear significa, en primer lugar, poseer una aptitud de inspiración, intuición, algo misterioso y profundo que pertenece a las zonas más íntimas y entrañables del ser humano...»; «... la lengua, a su vez, en tanto que código, está limitada por los conjuntos semánticos, o sea, por el árbol de semas, que contiene un lexema según los distintos empleos posibles del mismo. Pero estos empleos posibles están determinados por ámbitos culturales y, lo que es muy importante, por círculos subculturales, que son siempre, entre sí, comunicables».